

Cuarenta días y más

Sandra Castrillón

Hace más de cuatro años que ocurrieron estos hechos, en ese año que todos dieron en llamar 20-20, así, con una raya espaciosa para producir el efecto de división histórica que en verdad sobrevino.

No solía pasar mucho tiempo en casa, en estos cuartos que a diario me servían para dormir y vestirme. Podría contar las veces que estuve aquí a las diez de la mañana, o al medio día, o a las seis de la tarde. Esa mañana llegué a la universidad y estaba casi desierta. El vacío y el silencio de la plaza de Barrientos me ardieron en el estómago como un presagio encarnado. Las cafeterías todavía abiertas, tenían la radio a alto volumen, las noticias eran lo único que se sintonizaba. El reporte era uno solo, repetido y locuaz como un pregrabado sin fin: la ciudadanía había entrado en cuarentena por orden de las autoridades.

Fui a la secretaría de la facultad y solo estaba Adelaida, atareada en el teclado y en el teléfono.

—Profesor, no puede estar aquí, el rector dio la orden de evacuar. Nosotros nos iremos apenas reunamos lo necesario para trabajar desde casa.

—¿Es de verdad la cosa? —pregunté, riéndome, buscando la broma en la penumbra ya instalada de aquella oficina.

—Lo dijo el presidente esta mañana, es de verdad la cosa.

No había estudiantes, ni profesores, apenas el personal necesario para la limpieza. La mayoría de oficinas ya habían sido desocupadas.

Me dirigí al parqueadero. Me azotó la melancolía bajando las escaleras. Extrañé el saludo de Rafael desde su cubículo al entrar a mi oficina y a Patricia, que aprovechaba mi paso para bajar conmigo a tomar café. La hora del almuerzo venía adosada al café y al cigarrillo, a la conversación sobre el trabajo, a algún secreto que necesitáramos depurar. Antes de llegar al parqueadero fui a la biblioteca por simple regodeo, unas ganas infinitas de quedarme en la universidad y no ir a casa.

Las alas batientes de las puertas de vidrio estaban selladas, la biblioteca había clausurado también. Creo que fue la primera vez que tragué saliva de esa manera, dándome cuenta de que me tragaba el sinsabor de no sabía qué malestar. Tragué saliva asustado y muy consciente de la congoja que había empezado a trepar por mis zapatos.

Yiyi debió haberse sorprendido, no sé si las gatas se sorprendan, pero se detuvo en medio del salón, de camino a la puerta a donde la había atraído el ruido inusual de mis llaves a aquella hora. Los inmensos ojos verdes persiguieron cada movimiento indeciso que llevé a cabo en mi apartamento. ¿Qué hacer primero? Teníamos instrucciones de la jefatura para iniciar capacitaciones en clases virtuales, entrenarnos en plataformas, mirar



ErreMora (Morata). Pintura digital. https://www.instagram.com/morata_studioart/

tutoriales, había que darle continuidad a ese semestre desde la distancia de las aulas.

Pero no hice nada de eso.

Clavé la frente en la ventana. Ahora no sé cuánto tiempo, como si hubiera sido preciso reposar los pensamientos o aligerarlos: aquello fue un chapuceo mental o un desacelere que no podía controlar. Mucho tiempo allí, la frente ya sudorosa contra el vidrio, Yiyi enroscando la cola una y otra vez entre mis pies, hasta que me aparté, tomé las llaves y salí presuroso.

El supermercado tenía ese fondo de susurro que empezaba a tornarse homogéneo,

de espectro que yacía en el aire, invisible, pero invencible por pernoctar en la dermis al menor descuido.

¿Qué fue lo que compré?

Debía cocinar en casa, desayunar, pensar en tres comidas diariamente no se sabía por cuanto tiempo, abastecerme de aquellos elementos que siempre me proveía por fuera de casa como el café, los panecillos, los cigarrillos, un jugo de frutas. Nunca supe muy bien qué hacer con la existencia en espacios donde la soledad pudiera palparse de esa manera tan sincera, por lo que allí, en medio de los estantes de los pasillos del supermercado, me supe atónito, realmente angustiado

ante la idea de comprar carne cruda o jamón disecado en rodajas finas. En medio de aquellos estantes sentí miedo a una cosa tan sencilla como tomar un carrito y dirigirme a la sesión de pescados —no sabía preparar pescado— en busca de ese animal grisáceo que ponían dos veces a la semana en mi plato al frente de la universidad, pasando la calle Barranquilla. Tomé el pescado y lo puse en mi carrito. Alargado y fulgente parecía decir algo en aquel cerramiento perenne de boca, enojado sin duda por haber mordido la carnada y caído fatalmente en la trampa. Ahora estaba en mi carrito de compra, compartiría conmigo la incertidumbre de aquella instancia a la que yo nombraba como mi casa.

¿Qué más llevar? Tal vez vino, cigarrillos, agua mineral, medicamentos. Llené el carro de la compra y me dirigí a la caja donde la lógica había cambiado de cierta manera: ya no era aquella sucesión de personas, una detrás de la otra, aquello era una ruptura del entorno, un recorte a la aproximación, por lo menos dos metros de distancia entre un comprador y una compradora. Los tapabocas asfixiantes me llevaban a tararear aquello de ser carne de cañón, aquella pilastra dispar, errática, me cantaba mentalmente “Another Brick in the Wall” y otra vez el sudor y dolor de cabeza emergiendo, pulsaban mis latidos como una alarma corporal, mientras me adhería a una pared hasta donde había llegado la columna de personas.

Volví a escuchar las noticias al llegar a casa. Como una ráfaga abierta, desde un grifo colosal, el virus se había extendido y los hospitales dieron inicio a ese paroxismo del caos, por una puerta recibían vivos, por la de atrás los muertos caían a tierra baldía.

Todo empezó en China. No fue muy claro el por qué, el origen, las razones. Acaso un

mono estornudó cerca de una niña que luego lo transmitió a unos veinte niños en una guardería. O todo dio inicio cuando un chico universitario se comió una víbora en una apuesta entre amigos, para luego vomitar hasta desmayarse. Y entonces, uno de aquellos presidentes esgrimió con estridencia el silbato del encierro y me pusieron aquí, atrapado entre el cuarto y la sala de estar. Un dedo silenciador del mundo tras cuyo gesto habíamos entrado a las habitaciones en penumbra, por una larga estancia.

Iniciaron aquellas jornadas de silencio, la televisión encendida pasada la media noche, café o vino que espantaban el sueño por igual. En derredor de la introspección armaba rompecabezas con los movimientos de mis vecinos a los que apenas había visto en mi vida, pero ahora, acongojados y atónitos, buscaban algo con desespero más allá del marco de sus ventanas. Nos empeñábamos todos en mirar a través de los vidrios, en rastrearnos, en ganarnos un pedazo de visión de cielo en esa obsesiva mirada al exterior desde las cajas de cemento que eran nuestros apartamentos. Despertaba antes del amanecer y aguzaba el oído en busca del croar o gruñir del bicho que engullía terrenos vitales del mundo. ¿Qué era lo diferente de aquellos sonidos? ¿Qué había cambiado en el universo para que pudiera palparse esa inmovilidad a la que estábamos reducidos?

El café en la mano, la taza asida a mi dedo por su asa, Yiyi olfateaba la nueva cotidianidad, se arrebujaba en mis pantalones de pijama cada vez que pasaba cerca de mí. Unos huevos revueltos que empezaban a mejorar día tras día, el pan de bolsa haciéndole nostalgia a la panadería universitaria. Un día, a primera hora, aparecieron las clases a través de la pantalla en el rectángulo del computador y no se fueron nunca

jamás. El escritorio recobrando el huésped, la impresora fuera de su caja, los lápices ordenados al costado del computador y la ventana abierta para mirar de vez en cuando al hombre de enfrente que se ejercitaba vertiginosamente en la terraza.

Llamé a Luna dos o tres veces, un intento de citarnos y quedar para almorzar y luego, como siempre, la aparición de los besos y las caricias. Nos era tan fácil llamar a la pasión. Con Luna bastaba decirlo y nos necesitábamos de inmediato, el sexo era físico y primitivo, básico y turgente, como el vaso que se apura en medio de la sed copiosa. No había un más allá, no requeríamos del más acá, el cuerpo era la necesidad perenne que nos juntaba. Ella regresaba junto a su marido, en una ilógica unión donde, por supuesto, no había sexo con pasión y yo restablecía el equilibrio de mi soledad elegida y disfrutada. Así que llamé a Luna, pero todos, incluido yo, teníamos miedo de morir. Forjamos cualquier excusa para claudicar el encuentro.

Veíamos la televisión, leíamos el periódico y allí estaba el bicho que parecía pasarse por debajo de las puertas. Entonces hablaban de un tapete para desinfectarse los pies cuando se regresaba del supermercado, que era el único lugar al que se podía ir, vestido como un astronauta, con buzos que cubrieran la piel, doble pantalón, protección para la cabeza y doble tapabocas que daba mayor sensación de asfixia, de calor que subía la presión corporal y lo llevaba a uno a pensar: "moriré en medio de la calle y me pondrán en una carreta rumbo a un tiradero adonde van los que enferman de Covid". Hablaban del bicho surcando el aire, incluso entrando a las casas por las ventanas abiertas, entonces mis vecinos cerraron sus ventanas y ya no pude ver las

escenas del sofá de enfrente, ni al vecino de al lado haciendo resistencia con unas pesas de gimnasio en la terraza soleada.

Cada vez, el silencio engrosaba sus bordes. Los péndulos de los relojes se escuchaban en la que ya no parecía una diáfana mañana. Por momentos, era como si hubiésemos estado esperando el turno para morir. Y una nueva ley se sumaba a las restricciones: no todos los días se podía salir a hacer la compra del mercado, *We don't need no thought control*, parecíamos querer decir, pero ¿quién podía decir algo en medio de cuatro paredes?

Éramos los dos, Yiyi y yo, en el apartamento donde parloteaban las noticias y Schubert cuando yo no daba clases. Inicié esa costumbre de relatarle a la felina el procedimiento de moler el café, de oler el grano desmenuzado y listo para ir a la prensa, la fragancia del líquido extraído del tueste, el primer trago en la mañana como un encuentro sin falta de la boca, la loza fría de la taza y el oro líquido exhumando sus entrañables orígenes. Canturreaba en aquella cocina donde ya el café tenía un lugar, ya los huevos obedecían a cierto orden, el pescado tenía su bandeja en el congelador y las verduras guardaban el equilibrio entre sus hojas verdes y aserruchadas. Cada escena fue obedeciendo voluntariamente a la costumbre: hacer la cama después de levantarme, tomar la ducha acabada la segunda clase de la mañana, con la cámara apagada hasta entonces, pero para la reunión de las diez la encendía, ya bañado, ya afeitado, ya la camisa abotonada y la tercera taza de café blandiendo el humo asimétrico.

Mis pasos aprendieron a ir de la habitación a la puerta cerrada de la calle, donde se detenían. La habitación era lo más



ErreMora (Morata). Pintura digital. https://www.instagram.com/morata_studioart/

lejano, la instancia más apartada, aunque tenía su propio balcón y el baño más grande, los ruidos de la calle amenguaban en aquel cuarto porque los exteriores daban al parque donde los altos árboles se despuntaban desde una hierba muy crecida. En aquellos cimientos demasiado frondosos no jugaban ya los niños ni se escondían los perros. Caminaba por la casa para ir de la habitación al estudio, luego a la cocina y de nuevo al baño, regresaba al salón para leer en el sofá y ver películas en las noches y luego de vuelta al cuarto, al abrazo de la cama que se ofrecía benévola a ese cansancio tan extraño que agarrota a quien no se mueve.

Amanecía más allá de la ventana, más allá del cemento donde el balcón limitaba con el vacío. Así mismo, esas luces expuestas allá afuera que creaban atmósferas en el interior, instauraban estados en mi cabeza, por lo que aparecían esos días en los que no me daba cuenta de aquella irrupción a la libertad y además de las clases me sumergía por horas en las obras completas de Borges sin que me importara el no poder salir. Allí me encontraban las seis y media de la tarde, intentando leer ya sin luz natural, cansado y hambriento. Entonces no caía en la cuenta de lo que sucedía hasta el momento en que me allegaba con el plato de la cena hasta el sofá, encendía el televisor, aparecían las noticias

y los espaguetis perdían protagonismo porque allí estaba la alarma recordándome que era prisionero de un trauma social.

Pero aquella repetición sosa y pungente —y seguramente mi perseverancia a vivir y cierta resolución de no claudicar de la que no estaba consciente hasta aquella época— me llevaron a instaurar unos regocijos muy íntimos, muletillas que permitieron proseguir esa marcha existencial a pesar de los muros y los toques de queda. La sombría cotidianidad mostró sus lados apacibles hasta el punto de que fui adosándome, proceloso al principio, austero en mis emociones, pero al final entregado a los rituales y a esa paz extenuante de la soledad. Podía meditar mientras prensaba el café y darme cuenta de la entrada de la luz por la ventana de la cocina. La alharaca de los pájaros anunciaba la ascensión del sol y me daba la impresión de asistir a cierto estado místico que solo la atención sincera procura. Comprendí las coincidencias biológicas y mentales de la aparición del hambre en mi organismo, de la sed, de la angustia, urgía según la variación de la luz en las paredes, según la persistencia de un pensamiento significativo para mí. Seguramente un preso, al contabilizar rayas en las paredes de una celda hace algo más que graficar el paso del tiempo, logra también sincronizar su organismo con su alma en un estado de meditación que la soledad depura.

Llegué a olvidar mis reuniones del club de lectura de los miércoles en la biblioteca pública, al calor del café y la conversación. Cuando nos levantábamos de la sesión era ya de noche y por lo general nos íbamos a comer a los locales de Carlos C. Recordar el placer de pedir otra ronda de cervezas, de reír al unísono con mis amigos, fraguaban mis planes de ese presente tan afectado por

la resignación. Caían aquellas edificaciones que tan delicadamente había levantado y me entristecía hasta unos linderos peligrosos donde perdía el hambre y el sueño y todo volvía a empezar otra vez: la desazón por no encontrar retorno a lo que consideraba mi vida perdida. Pero de a poco iban regresando aquellos tejidos preciosos del día a día, el valor engrandecido de esos pequeños instantes, el estremecimiento de vivir con cada pedazo de piel aquellas escenas cotidianas frente a las que abría desmesuradamente los ojos y los sentidos.

Por eso, en medio de aquel pasillo y mientras calculaba el peso de una trucha grisácea que sostenía ya sin aprehensión, sobrevino en mí la consternación al enterarme de la laxitud de las normas y el aflojamiento de los límites. Algunos aplaudieron. Yo elegí la coliflor, luego compré leche y yogurt y me dirigí a casa. En las calles, la gente se agolpaba en los semáforos como zombis, hambrientos de oxígeno y compañía.

Fui directo al apartamento y al entrar cerré con llave. Acaricié mis tres tomos de Proust y su tiempo perdido. Me dije que era el instante de leer a Foucault, de una buena vez, y descongelé el pollo, mientras planeaba una película.

Ya no tenía ganas de volver a salir de nuevo.

Sandra Castrillón. Doctora en Educación, magíster en Investigación Psicoanalítica y Psicóloga de la Universidad de Antioquia. Profesora titular de la Facultad de Medicina de la misma universidad. Libros de cuentos publicados: *Odios* (Cámara de Comercio de Medellín, 2005) y reeditado por la Editorial Universidad de Antioquia, 2007; *Ellos* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 2016), *Improntas* (Editorial Universidad de Antioquia, 2021) y la novela *La travesía azul* (Sílabo Editores, 2023).